DE POMPEYA.

Como el intrépido guerrero que armado de broquel y fuerte coraza se ve acometido por los contrarios que le cercan, y logra al fin, merced á su excelente armadura, sacar ileso su

61

cuerpo del combate, así el que ha entrado en la lucha de las pasiones del mundo, logra salvarse de los tiros de la corrupcion si lleva cubierta su alma con el broquel y la inquebrantable coraza de la virtud.

Glauco tenia pensamientos mas dignos y elevados de su noble ambicion, que esos placeres

Glauco tenia pensamientos mas dignos y elevados de su noble ambicion, que esos placeres frívolos y criminales que habian hecho de los vencedores del mundo otros tantos esclavos.

Habia sabido apreciar el mérito, y sobre todo, la modestia de Ione, y desde que la hermana de Apoicide vivia en Pompeya, Glauco puso su casa en la misma ciudad, con la esperanza de alcanzar el amor de la jóven y hacerla su esposa.

La casa que Glauco ocupaba, estaba á poca distancia de la puerta de Herculano, perfectamente situada, y disfrutando de agradables vistas.

Esta casa era la que hoy se conoce con el nombre de Casa de las Columnas de Mosaico, que fué desenterrada en 1838.

La fachada de esta casa presentaba, y presenta hoy, de cada lado de la entrada, dos espaciosas tiendas con sus respectivas trastiendas.

La puerta acompañada de dos pilastras acanaladas, pintadas de rojo hasta metro y medio del suelo, da acceso á un zaguan (prothyrum), de tres metros de ancho y once de profundidad, adornado con pinturas que representan en medio de tableros rojos y amarillos, separados por arquitecturas, máscaras trágicos, paisages, pájaros y peces.

Salvando el zaguan, se entra á un espacioso patio, en que estaba formado el mas delicioso y bien cultivado jardin En el centro de este patio—jardin, habia un emparrado sostenido por cuatro columnas revestidas de mosaicos de un trabajo delicado y cuyos adornos se componian de arabescos y de escamas de pescados, con preciosos capiteles. Estas columnas, que eran de un gusto exquisito, han sido llevadas al Museo.

En el interior del patio, y enfrente del zaguan, se hallaba, y se halla, un gran nicho, tambien de mosaico de graciosa hechura. El fondo, en forma de concha, presentaba en el centro, como se ve actualmente, una Nereida sobre un toro marino. En el gran nicho, hay otro mas pequeño, formado tambien de conchas naturales y de mosaicos, representando enramadas y un vaso con dos asas. Del fondo de este nicho, el agua caia por varias gradas á una fuente semicircular.

—Ya está dispuesto el baño para el amo Glauco—dijo á una jóven que estaba regando las flores del jardin, un esclavo que salió de las piezas interiores.

—Está bien. Se lo diré así que haya reposado un poco. Vino bastante cansado, y cuando se levante le avisaré.

-Está muy bien.

La jóven siguió regando las flores, y el esclavo desapareció por una ancha baia que, formando dos puertas cuadrivalvas, daba acceso á un segundo patio en que se veia una capilla consagrada á Hércules, con un altarcito pintado, representando sobre su fachada anterior un sacerdote disponiéndose á sacrificar un puerco, á la izquierda una pátera ó vaso para los sacrificios, á la derecha una clava, y detras un gallo.

A la izquierda del patio se destacaba, y se destaca, un pórtico sostenido por seis columnas, cuyo tercio inferior, pintado de negro, descansa sobre pedestales pintados de rojo.

## CAPITULO IX.

GLAUCO.—CASA DE LAS COLUMNAS DE MOSAICO.—NIDIA Y SU SEÑOR.—UN SECRETO DEL ALMA.

Mientras Arbace y su digno colega Caleno, llevaban adelante el odioso plan que habian imaginado para hacer caer en sus redes á Apoicide y su hermana Ione, un jóven ateniense llamado Glauco, volvia á Pompeya despues de un viaje hecho á su patria.

Glauco habia recibido del cielo todos los dones que puede ambicionar el hombre: belleza, salud, fortuna, ingenio, nacimiento ilustre y una alma llena de fuego.

Cierto es que habia bebido, ávido de goces, en la copa embriagante del placer, y que su casa de Roma estaba abierta, tanto á la lijera juventud como á los apasionados á las bellas artes; pero su corazon, preciso es decirlo, no se habia corrompido.

En medio del océano de los vicios y de los deleites en que bogaba aquella sociedad, habia conseguido conservar vivos en su alma, los nobles sentimientos del honor y de la virtud, que en su esmerada educacion habia recibido.

Las máximas de los sagrados deberes inculcados por sus padres en la niñez, eran la fulgente luz de límpidos rayos que se presentaba de repente á sus ojos en medio del torbellino de los goces á donde le conducian sus alegres amigos, para marcarle la senda extraviada por donde iba, y el recto camino que conducia al aprecio y la consideracion del mundo. Bajo este pórtico se abria una habitacion con varias piezas, que se conservan perfectamente, y se descubrian dos escaleras que conducian al piso principal.

Las piezas de abajo las componian la cocina, las dependencias de esta, hornos, piedra de vertedero, molino, bodega, con el indispensable larario en la expresada cocina.

En el ángulo derecho se veia, y se ve actualmente, una gran caballeriza con su pesebre y su abrevadero, separada por una division de muchos cuartitos destinados á los esclavos.

-¿No quereis que os ayude á regar las flores?—preguntó á la jóven que estaba en el jardin otro esclavo que cruzaba hácia el segundo patio.

-Gracias; esta ocupacion es altamente grata para mí.

En aquel instante se aparecia á la entrada del jardin un gallardo jóven, y el esclavo desapareció.

El personage que entraba era Glauco que, despues de haber descansado de la fatiga de su viaje, bajaba al jardin para respirar el aire fresco de la tarde en medio de las hermosas flores que constituian el mas bello adorno de aquel sitio de recreo.

La figura de Glauco era arrogante y simpática.

La túnica que vestia era sencilla y elegante.

Recojido con gracia, llevaba un manto encarnado que decia perfectamente con la blancura de la túnica y sus lujosas sandalias.

Glauco se detuvo, mirando á la jóven que regaba las flores.

Esta, sin notar su llegada, continuaba su agradable tarea.

—¡Pobre Nidia!—dijo para sí Glauco, fijando en ella con dulzura sus ojos.

Nidia nada advirtió.

Era esta una jóven, salida apenas de la infancia, hácia la cual Glauco sentia un afecto de tierna consideracion, aunque la jóven era su esclava.

Velaba el airoso cuerpo de la tierna jóven una túnica sencilla y blanca, que la cubria completamente.

Bajo el brazo llevaba un canastillo de flores; y en la otra mano una jarra de bronce con que regaba los acirates.

La fisonomia de aquella esclava, que era agradable y simpática, respiraba los mas dulces sentimientos del alma.

En aquel rostro de perfectos contornos en que se leia la pureza de un corazon sencillo y tierno, se veia impreso á la vez el melancólico y santo tinte de la resignacion.

El semblante de la jóven era un libro abierto en que se leian las páginas del alma.

Aquellas páginas debian ser tristes, á juzgar por el aire melancólico que velaba su angélica fisonomia.

En su pura frente parecia brillar una limpia luz brotada por un sentimiento profundo que dominaba su corazon en aquel instante.

¿Qué sentimiento era aquel? ¿Acaso el sentimiento del amor, que se complace en ejercer su imperio lo mismo en el corazon del esclavo que en el del magnate poderoso?

Glauco permaneció un instante contemplando en silencio á la bella esclava, procurando no perder ni uno solo de los rasgos que se delineaban en su semblante.

La jóven, bien agena de pensar que la observaban de tan cerca, seguia regando las flores. Sus ojos eran bellísimos; pero en el movimiento inseguro de ellos y en la timidez con que marchaba, se temia adivinar que agobiase á aquella jóven una desgracia.

Y, con efecto, era así.

La esclava que nos ocupa era víctima del mas terrible de los males. Era ciega!.....

—¿Tú por aquí, mi buena Nidia?—le dijo Glauco con acento de fraternal ternura, tendiéndole la mano.

—¡Ah!..... ¿sois vos, mi señor?..... — respondió Nidia con un vivo movimiento de sorpresa mezclado de alegria.—¿Y cómo os encontrais de vuestro viaje?

-Me encuentro tan bien como estas flores, que nunca las he visto mas bellas.

—¡Cuánto placer siento al oiros decir que estais satisfecho de mis esfuerzos! En este jardin he pasado la mayor parte del tiempo de que he podido disponer para regar y cuidar este depósito que os dignásteis confiarme.

—Y ha superado el resultado á mis deseos. ¡Lástima que no pueda gozar de la vista de tan lindas flores mi buen amigo Vitelio que siempre venia á verlas!

—¡Cómo!......¿No ha venido con vos Vitelio?.....—dijo Nidia con ansiedad y dejando asomar á su rostro la inquietud y el sentimiento.

-No: se quedó en Atenas, para irse despues á Roma.

Una palidez mortal veló el semblante de Nidia.

Glauco notó aquella palidez, que la atribuyó al sentimiento que toda alma agradecida experimenta cuando no ve volver á la persona que le ha dispensado favores y atenciones, que llevan el sello de la sinceridad.

Nidia, antes de ser esclava de Glauco, lo habia sido de un inhumano gladiador que la trataba cruelmente.

Vitelio, compadecido de la jóven, habia contribuido á arrancar á Nidia del poder de un amo sin caridad; y siempre que la veia, la trataba con la alta benevolencia que le caracterizaba.

Glauco, por lo mismo, creyó ver en la mutacion súbita que se operó en el semblante de Nidia, el sentimiento de no ver volver al hombre á quien debia singulares favores.

Nidia, al escuchar la noticia de la ausencia de Vitelio, dirijió sus bellos ojos, privados de la luz, hácia el cielo, con una resignacion santa, y exclamó luego dirijiendo la palabra á Glauco:

—Pero si no puede admirar la belleza de estas flores, en cambio admirará la de aquellas que adornan los soberbios jardines de Roma.

—Que no será superior á la que ostentan las que tú has cultivado.

-Mucho celebro que mi afan haya dado el resultado que anhelaba.

—Los dioses lares, sin duda, han secundado tus cuidados.

—¡Los dioses lares!..... ¡Ah! no hableis de vuestros dioses, yo os lo ruego, porque un Dios, mas poderoso que vuestros ídolos, os escucha; y este Dios no quiere que se rinda á dioses quiméricos el homenaje que á El solamente es debido.

Que sea como te plazca; yo no quiero contrariarte, bella jóven. Tú sabes muy bien que te he dejado seguir libremente el culto en que has sido educada, y que no por esto te quiero menos. Tu corazon vale mas que el de otras muchas personas que yo conozco y que no cesan de clamar contra los cristianos. Al verte, me inclino á creer que todo lo malo que se cuenta de los cristianos, no es mas que una cadena de calumnias.

—¡Ah, mi señor!..... Si vos les conociéseis como les conozco yo, admiraríais su caridad, su paciencia, el desprecio á los bienes de este mundo, y acaso tendríais deseo.....

—¿De imitarles?..... Tú, sin duda, querrias verme en su seciedad?

—¿Por qué no? El reconocimiento á que os soy deudora por la excesiva bondad que habeis dispensado siempre á esta pobre ciega, no solamente me inclina, sino que me ordena desee vuestra felicidad. ¿Y qué felicidad mayor que la de vivir en la verdadera fe, y poder esperar la salvacion prometida á los que mueren en la creencia cristiana?

—¿Pues qué, tú no me juzgas dichoso?

—Yo sé que vuestro corazon no está satisfecho. Desde que estoy con vos os he oido gemir con frecuencia. Cuando estais con vuestros amigos, guardais muchas veces profundo silencio como si os fuera imposible participar de sus opiniones; y con efecto, vuestro corazon es altamente noble y elevado para adherirse á las frivolidades criminales que les halagan y seducen. Por eso ruego todos los dias á mi Dios para que os ilumine con su luz, y podais reconocer la vanidad de vuestros ídolos, acabando por convertiros al que es la verdad y la vida.

—Agradezco esos sentimientos tan dignos de tu corazon, y deseo, como nunca, manifestarte cuán agradables me son. No te ofrezco riquezas, porque sé que las desprecias; pero quiero hacerte un don que no despreciarás: este don es tu libertad.

—¡Oh, señor!—dijo la jóven ciega interrumpiendo á Glauco, dejando aparecer un nuevo carmin en sus mejillas naturalmente pálidas.—¡Oh, mi señor! no me hagais salir de vuestra casa: prefiero serviros, á gozar de una libertad con la cual no sabria que hacer. Soy vuestra esclava, y vos me tratais como á una hija; seria, pues, muy ingrata hácia vos si consintiese en dejaros, y muy cruel conmigo misma. ¿Quién querria encargarse de un sér tan inútil como yo? Pero me engaño: sí, la sociedad de los fieles me recibiria, y yo encontraria aún entre ellos una alma caritativa que tendria piedad de mi infortunio y de mi edad.... ¡Ah!... si mi pobre padre...... Pero que se haga la adorable voluntad de Dios..... Un presentimiento que yo no sabria definir, me retiene cerca de vos; y á menos que vos no me arrojeis, yo me quedo.

—Guardenme los dioses de enviarte a otra parte, Nidia! Tú te quedaras en mi casa, pero con una condicion: con la de que olvides que eres mi esclava.

Despues de un momento de silencio, la jóven replicó:

—Desde vuestra vuelta á Pompeya no habeis pedido todavia noticias de Ione.

—Deseaba hablarte, Nidia, antes de presentarme en su casa. ¿Tienes algo que decirme con respecto á ella?

—Se ha hablado bien poco de Ione desde que os fuísteis. Vive muy retirada, y no recibe otras visitas que las de su hermano y las de Arbace, el sacerdote de Isis. Este último, que antes la veia pocas veces, no deja pasar al presente un solo dia sin que vaya á verla. Desconfiad de él: segun lo que he podido entender, sospecho que guarda hácia su pupila otras miras que la de los intereses de ella.

—Yo participo de la misma creencia. Arbace ignora aun que Ione me ha dado la esperanza de que será mi esposa; Apoicide únicamente está en el secreto; y este jóven, á pesar de su edad, es mas digno de la confianza de su hermana, que ese sacerdote orgulloso que pretende que todo se pliegue á su voluntad. Por temor de encontrarme con él, no iré yo hoy á casa de Ione; pero tú irás en mi lugar, y le llevarás esta carta con un ramillete.

—Ved aquí las flores que yo he escojido para vos—dijo Nidia, mostrando su canastillo á Glauco—porque sé cuáles os gustan. ¿Quereis que se las lleve á Ione?

—Con muchísimo gusto: no podria yo escojer cosa mejor.

Nidia cojió la carta de su señor, y se dispuso á salir.

—¿Y en mi ausencia—añadió Glauco—no ha venido ningun amigo á preguntar por mí?
—¡Ah! sí señor. Ha venido algunas veces una persona de quien á todos oigo hablar muy bien y con justicia: un individuo que está siempre dispuesto á defender la inocencia; que no participa de los vicios de la generalidad de los jóvenes, y que ha levantado muchas veces su influente voz en defensa de los cristianos perseguidos.

—Ese de quien me hablas no puede ser otro mas que Plinio.

—Sí, señor, es Plinio; el sobrino del que manda la flota en Miseno, donde actualmente vive: ese sí que es digno de vuestra amistad.

—Y digno del aprecio y del respeto de todo el mundo—respondió Glauco.—Iré á verle dentro de tres dias al pintoresco pueblo de Miseno, donde reside, para tener el gusto de abrazarle.

-Estoy segura de que con vuestra visita le proporcionareis un gran placer.

-¿Y ningun otro ha venido?

—Tambien ha venido con frecuencia un oficial llamado Plubio, á quien acompañaba una señora.

—Sí; su excelente esposa Clinia. Iré á verles muy pronto y á darles parte de mi llegada.

—Segun pude comprender, viven en el mismo cuartel de los soldados.

—Todos los oficiales tienen habitaciones para vivir en el cuartel con sus familias, mi buena Nidia, y por lo mismo no debe extrañarte que mi amigo Plubio viva allí.

-Como yo ignoro todo eso.

-Mucho sentirá el excelente oficial que no haya vuelto conmigo Vitelio.

El carmin coloreó las mejillas de la cieguecita al escuchar aquel nombre.

Glauco lo advirtió, y una sospecha cruzó por su mente.

-Pero tal vez vuelva pronto, y entonces tendrá la satisfaccion de gozar de su compañía.

—¿Y tú no deseas su vuelta?—preguntó Glauco fijando los ojos en el semblante de Nidia para ver si por la mutacion de él podia encontrar apoyo la sospecha que le habia asaltado de repente.

El rostro de la jóven se encendió, como si toda la sangre del corazon se hubiese agolpado á él.

—Se ha manifestado siempre tan benévolo con esta pobre esclava—contestó Nidia procurando ocultar su turbacion—que seria una ingrata si me manifestase indiferente á su ausencia. A vos y á él debo la dicha de no estar bajo el poder del cruel amo que se complacia en atormentarme, y este bien de inapreciable precio lo llevaré grabado en mi corazon hasta el último instante de mi vida.

-Muy bien. Ahora parte con la carta y las flores á casa de la hermosa Ione.

-Voy al instante.

Nidia guardó la carta que le habia dado Glauco, colocó en su brazo el canastillo de flores, y salió sin detenerse.

Glauco la miró alejarse, y exclamó con dulce sentimiento al verla desaparecer:

—¡Pobre Nidia! Tal vez la gratitud hácia Vitelio ha despertado en su alma un sentimiento mas íntimo y atormentador!..... ¡El amor!..... Sí, tal vez ama en secreto á mi excelente amigo! Ni los esclavos se libran de ser heridos por las flechas de ese dios vendado que tiene el poder de causar en el alma ese grato dolor que nos seduce á la vez que nos mata!